

INTRODUCCIÓN

LA ÉTICA ES UN INSTRUMENTO DE TRABAJO

Ética, moral y leyes. Estos son los tres instrumentos que las personas nos hemos dotado para poder convivir en sociedad, equilibrando nuestras relaciones con los demás con el logro de nuestros objetivos personales. La ética para crecer como personas, la moral para mejorar nuestras relaciones con los demás y las leyes para garantizar una mínima convivencia basada en la justicia. Cada uno de ellos gestiona los tres niveles de necesidades humanas. Las leyes el nivel más básico y por eso el más habitual que comprende los intereses, generalmente materiales. La moral trabaja las ideologías que están formadas por las creencias, que son la base de nuestras verdades, y, finalmente, la ética trata de la identidad de las personas que se concretan en los valores más queridos, denominados principios. Los tres instrumentos se desarrollan de manera paralela y están en un permanente intercambio de conceptos, intereses, creencias y verdades por lo que es difícil delimitar claramente sus fronteras. Solamente las leyes parecen diferenciarse claramente de los otros dos instrumentos, quizás debido a toda la parafernalia que las acompaña en forma de jueces, fiscales y abogados y al objeto más concreto que trabaja como son los intereses, más fáciles de definir, comparar y entender. Aún así tiene un cierto grado de discrecionalidad ya que pocas personas reconocen su culpabilidad, en un intento de rehuir el peso de la ley y la mayoría de las sentencias reflejan un cierto grado de indefinición.

No está tan clara la diferenciación entre la ética y la moral. Comencemos por aclarar por qué tendemos a confundirlos. Sabemos que los conceptos de ética y moral transitaron juntos a lo largo de muchos siglos. De hecho todavía, hoy en día, son frecuentemente confundidos. Ahora bien, recordemos que la ética procede del pueblo griego mientras que la “moral” procede de la antigua Roma. Cuenta Gustavo Bueno (2009) que la confusión entre ética y moral procede de Cicerón quien en su Tratado sobre el destino señaló “*En*

lo que se refiere a las costumbres [mores] que los griegos llaman ethos”,... A partir de dicho momento se produjo la confusión, al igualar su significado, la ética de los griegos y la moral de los romanos. Confusión que hoy permanece para muchos. Cuando, realmente, los griegos se referían al carácter mientras que los romanos lo hacían a las costumbres. El castellano, que tiene madre latina, utilizó la palabra “moral” para indicar las costumbres sociales habituales. Aquellas que llegaban a adquirir el rango de reglas sociales comunes y que, además, formaban parte de las leyes divinas. La ética, sin embargo, siempre se mantuvo al margen, en la sombra, y no tuvo tanto brillo ni tanto uso. Lo cual, entre otras cuestiones, le permitió deambular sigilosa por los largos siglos medievales, dominados por las religiones, evitando así la impregnación divina, con la que se cubrió la “moral”. Así, diferenciaríamos la ética, orientada a la preservación y fortalecimiento de la vida individual –“el carácter¹–, de la moral, orientada a la preservación y fortalecimiento de la vida de un determinado grupo social, “las costumbres sociales²”. Josep Castillo (2012) señala que las principales diferencias entre ética y moral se pueden sintetizar en las siguientes:

“Mientras que la moral tiene una base social, normas establecidas en el seno de una sociedad, la ética surge como tal en la interioridad de una persona, como resultado de su propia reflexión y su propia elección. Aunque la ética puede coincidir en su contenido con la moral es decir las normas morales recibidas en la educación, también puede la ética ofrecer una fuerte diferencia en alguna de sus normas, creando así una serie de conflictos internos en la mentalidad de una persona.

La segunda diferencia entre ética y moral, ya no está en su contenido sino en el modo como actúan en la conducta de una persona. La moral es un conjunto de normas que actúan desde el exterior o desde el inconsciente, una motivación extrínseca a la conciencia del sujeto en cambio la ética influye en la conducta de una persona pero desde su misma conciencia y voluntad. No es lo mismo realizar una conducta porque es una obligación impuesta por la sociedad que ejercer esa misma conducta por que “yo estoy convencido de la bondad de esa acción.

¹ *Ethos*, como el hábito el carácter o modo de ser derivado de la costumbre.

² *Mores*, como el conjunto de normas o reglas por las que se rige la conducta del ser humano en relación con la sociedad, consigo mismo o con lo que le rodea.

La tercera y definitiva diferencia entre ética y moral, está en la palabra valor (como virtud). En las normas morales impera el aspecto prescriptivo, legal, obligatorio, impositivo, coercitivo y punitivo, Mientras que en las normas éticas destaca la presión del valor captado y apreciado internamente como tal. El fundamento de la norma ética es el valor; mas no el valor impuesto desde el exterior, sino el valor descubierto internamente en la reflexión de un sujeto”.

Más modernamente, una vez que la psicología estudió el comportamiento humano y descubrió la influencia que los valores tienen en la toma de decisiones, se visualizó la ética aplicada. Esto es, se visualizó el valor que la ética proporciona como disciplina que ayuda a reflexionar al respecto de la manera en que cada persona interpreta las normas morales, utiliza valores, y genera las actitudes para actuar. Ciertamente es que todavía muchos, desde diferentes posicionamientos ideológicos, utilizan la fuerza de la moral –no la de la ética– para la consecución de sus propios intereses. Estos incorporan su moral a las personas por coacción o por convencimiento, ya que les permite un mejor uso de los recursos morales para así combatir los males que, en su opinión, asolan a la sociedad. Así, por ejemplo, algunas religiones combaten con la fuerza de “su” moral, esto es de “su conjunto de reglas”... los llamados pecados capitales, vicios que resumen todas las malas acciones sociales que desean erradicar: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Es de esta opinión Alejandro Ocampo, (2003) quien señala a la ética como el instrumento que aporta el equilibrio para poder controlar y manejar estas pasiones: *“La conducta humana está sujeta a una serie de afecciones, sentimientos, pasiones y equivocaciones, que son producto de su propia Alma y del desconocimiento, su trabajo consiste en conocerlas y saber la forma en cómo actuarán en él. La ética es el estudio de esas afecciones, prediciendo lo que ocurrirá si... y describiendo la forma de actuar de una persona que conciba de igual manera el mundo”.*

En nuestra opinión, para desarrollar un comportamiento ético es necesario poner la mente a funcionar y trabajar el carácter. Cuando sabemos lo que debemos y queremos conseguir (una determinada moral), es de especial importancia reflexionar sobre qué mecanismos tenemos para conseguirlo (la psicología). Por eso nos acercamos al mundo de la mente a buscar y entender las variables que influyen en el carácter y así conocer los modelos psicológicos más reconocidos y los resultados que se derivan de los mis-

mos. Nos sumergimos en el mundo de la psicología para buscar las raíces de la ética, las variables que podían influir en nuestro comportamiento para encontrar el fin último de la humanidad: la felicidad. Fin último también del comportamiento ético: el saber vivir bien. Repasamos minuciosamente las teorías antiguas y nuevas de los modelos mentales. La importancia de comprender el funcionamiento de nuestro cerebro. Las teorías sobre el comportamiento humano y las variables que lo condicionan. Buscamos entre las emociones, las sensaciones, los sentimientos, y los pensamientos. Rebuscamos en la inteligencia y llegamos a la conciencia. Y, así, encontramos algunos tesoros. Pudimos confirmar la importancia de la conciencia para poder actuar de una manera ética, para superar las acciones-reacciones automáticas, rutinarias y poder llegar a generar comportamientos más inteligentes y más éticos. Descubrimos la importancia de los valores, como herramientas que nos guían y asesoran en la elección de nuestras decisiones y confirmamos la importancia de las virtudes como elementos que dotan de fortaleza a nuestro carácter para afrontar la reflexión interior frente al desafío exterior. Finalmente, vimos que la acción ética se concreta en los valores. Un conjunto de mecanismos mentales donde intervienen muchas variables, algunas de ellas significativas, donde se elabora una fuerza vital (la fuerza de los valores) que predispone a actuar de una manera determinada otorgando fortaleza al comportamiento, al carácter. Y, por tanto, a la ética. Así concluimos que los valores deben coordinarse con la inteligencia para producir los mejores resultados en nuestro comportamiento ético.

Opinamos que centrar el ámbito de la ética en la distinción operativa entre el bien y el mal apenas aporta valor (en general todos discernimos rápidamente lo que está bien y lo que está mal). Ya que reduce considerablemente la trascendencia de la ética como procedimiento reflexivo al respecto del por qué de nuestras acciones. E impide asignar a la ética el papel que debe jugar en la búsqueda de la eficiencia de nuestros actos, en todos los terrenos de la actividad humana: personal, social, económica, ... La ética tiene, sobre todo, una fuerza positiva. Es el potente motor que tenemos los seres humanos para conducirnos por los caminos correctos y así mejorar y crecer para ser más felices. Así es, la ética nos permite mejorar como personas. No cabe duda, la ética contribuye a mejorar el camino que vamos a transitar (la vida) y permite mejorar el devenir y las posibilidades de desarrollo futuro de la sociedad.

Visto lo anterior pongámonos de acuerdo: ¿qué es la ética? Como ya hemos señalado muchos confunden el significado y la utilidad de la ética con un conjunto de normas o criterios generales que contribuyen a que nos acerquemos a un determinado modelo de comportamiento. Se confunde así la ética con la moral aunque existen diferencias claramente apreciables entre ellas. Por tanto, la ética no es la moral. Pero tampoco es la legalidad, ni las costumbres, ni las modas. Ni la deontología profesional, ni los códigos de empresa, o los códigos de conducta de una corporación. Todos esos entornos conceptuales actúan como referentes, son normas o guías conceptuales que pueden ser más o menos influyentes. Pero que, en modo alguno, determinan nuestro comportamiento final. El ser humano es libre. Cada persona decide en cada momento qué desea, qué debe, o qué va a hacer en función de los valores, ideas y principios que guían su modo de vivir la vida. Ahora bien, es preciso que seamos conscientes de que todos nuestros actos están plagados de intenciones, intereses, expectativas, motivaciones o deseos que, de una u otra manera, dirigen nuestro deambular. Por cierto, en ocasiones hacia direcciones contradictorias. En nuestra opinión la ética es la encargada de cohesionar esas corrientes de influencia, de aglutinarlas para que tengan sentido. La ética refleja nuestro carácter, indica cómo vivimos. Y cuenta con especial trascendencia ya que asume que somos dueños de nuestros comportamientos, que somos libres de elegir qué hacemos con lo que nos pasa en la vida. Gracias a la ética, o a su ausencia, vamos concretando, decidiendo cómo debemos actuar y qué recursos debemos utilizar. La ética selecciona y potencia los valores sobre los que gira su eje de actuación. Éstos, los “principios personales”, son los que organizamos de forma jerárquica para cohesionar y estructurar nuestro modelo de comportamiento, los que configuran nuestro “*ethos*”. Esto es nuestro carácter.

De esta forma, vamos construyendo un mecanismo “eficaz” (ético) o “ineficaz” (no ético) de comportamiento que nos ayuda a responder a la motivación más vital y profunda de cada persona y que, en general, está definida en términos de “dar sentido a la vida”. En consecuencia la ética nos ayuda a definir nuestros fines y objetivos para encontrar un sentido a nuestra forma de actuar. Para así, a través de un uso equilibrado de nuestros valores y nuestra inteligencia encontrar mayor satisfacción, alegría y en último término, felicidad. La ética no se aprende estudiando, sino haciendo. Se trata de un saber práctico que busca influir en las acciones humanas de una forma completa. Su ámbito de actuación se ciñe, por tanto, a las acciones humanas

voluntarias y ejecutadas con libertad. De hecho, cada acto, cada experiencia, cada decisión que tomamos va conformando nuestra ética y, por eso en términos éticos, “lo que haces, te hace”. Decía Aristóteles: “*nuestro carácter es el resultado de nuestra conducta*”. En este sentido, la ética aporta al proceso de decisión, la deliberación y la reflexión necesarias para conseguir una mayor eficacia y el sentido común que permite optimizar y dar coherencia a todos los elementos del comportamiento. La ética incorpora en nuestro devenir argumentos, criterios y prioridades, y, de esta forma sin prisa pero sin pausa, va forjando nuestro carácter y reforzando su integridad.

En definitiva la ética es la encargada de construir y dirigir nuestro plan de vida, definiendo los fines y los principios y gestionando los medios (valores) para conseguir alcanzarlos. David Álvarez y Javier de la Torre (2002) describen: “*La ética nos ayuda a encontrar los bienes de nuestra vida para saber vivir. Es una brújula para náufragos en las tempestades y en las calmas de la vida. La ética no es un saber negativo que siempre dice “no”, sino es positivo y afirmativo que nos ayuda a encontrar los bienes de nuestra vida, los bienes que nos dan la vida, que nos sostienen nuestra vida*”.

Pero qué aspectos caracterizan a este saber:

- I. **La ética es personal.** Cada persona construye su ética de manera distinta, según sus valores, su inteligencia y sus circunstancias. Por ello caben infinitos planes de vida, tantos como personas. Y por ello, también, se dan comportamientos éticos deficientes, o insuficientes, para lograr los fines inicialmente marcados. Dice Martin Berkowitz (1995), que los seres humanos vemos el mundo de forma diferente unos de otros ya que cada persona piensa sobre los valores desde su propio nivel de desarrollo moral y que, además, cada persona puede variar la jerarquía de sus valores.
- II. **La ética es un saber práctico.** La ética se va creando y modificando según la experiencia personal y la selección de los caminos por donde transitamos. Por eso la ética no es la ley, ni la moral, ni los códigos de conducta. Aunque se asuma en su conceptualización y actualización muchas de esas normas siempre de manera voluntaria y personal.
- III. **La ética es muy exigente.** Todos tenemos un plan de vida para buscar la felicidad. En ocasiones dicho plan puede estar equivocado si el mecanismo ético que utilizamos para andar el camino no es el ade-

cuado. Es decir, si tenemos un mal planteamiento ético. Básicamente la ética necesita conciencia para poder gestionar y desarrollar los valores y mucha insistencia (auto-exigencia) para generar los hábitos que nos permitan incorporar los valores al carácter y a nuestro comportamiento.

- IV. **La ética construye el futuro.** El diseño del futuro proviene de las decisiones que tomamos hoy. La ética trabaja con la vista puesta en el medio y largo plazo, priorizando y equilibrando los fines con los medios. Teniendo en consideración las consecuencias próximas y futuras de nuestros actos. Buscando resultados sostenibles, que maximicen su valor en el tiempo y puedan servir de palanca para el desarrollo de acciones posteriores. La ética prefiere sembrar aunque tarde en recoger. Entiende que así sus frutos serán más numerosos y se obtendrán con el mínimo impacto en el terreno.
- V. **La ética se retroalimenta.** El nivel ético en el tiempo siempre es creciente. Los comportamientos éticos (buenos o malos) construyen nuestro carácter (y el de las organizaciones) y son acumulativos. Así los buenos hábitos éticos enriquecen a los valores y contribuyen a generar mejores comportamientos.

Veamos, rápida y sintéticamente, la visión que se tiene de la ética en dos campos del conocimiento, la filosofía y la economía. En el mundo de la filosofía, la importancia de la ética se relaciona con su finalidad última, encontrar la felicidad, y para ello delibera entre lo bueno y lo malo, entre lo que nos conviene y lo que nos aleja de ese fin último vital. La ética se aproxima así a la filosofía moral. Donde frecuentemente se entremezclan las obligaciones con las orientaciones, lo deseable y lo indeseable, y donde se extreman los postulados para así contribuir a definir lo que se debe y lo que no se debe hacer. Así, entre otras definiciones del mundo de la filosofía, destacamos:

- “La ética [...] tiene por tarea mostrarnos como deliberar bien con objeto de hacer buenas elecciones. Es un tipo de saber que orienta la acción. Es un tipo de saber práctico”. Cortina, A. (2005).
- “No hay nada más destructivo para la Ética que considerar que es un conjunto de prohibiciones, de deberes, de normas, ¿entonces quién la va a querer? Nadie. No, es un conjunto de soluciones a conflictos irremediables que tiene la naturaleza humana”, Marina, J.A. (2000).

- *“De modo que parece prudente fijarnos bien en lo que hacemos y procurar adquirir un cierto saber vivir que nos permita acertar. A ese saber vivir, o arte de vivir si prefieres, es a lo que llaman ética”*, Savater, F. (1992).
- *“La ética consiste en la formulación intelectual de juicios o normas, fundados en los valores, que se dan intuitivamente en los sentimientos”*, Derisi, O.N. (1963).

En el mundo de la economía la visión de la ética se centra el carácter dinámico y en su influencia en los comportamientos de las personas. Se analiza su influencia en los resultados y se estudian los medios que necesita para producirlos. Tiene más presente los medios que utiliza que los fines que pretende. Entre otras definiciones del mundo de la economía podemos destacar:

- *“La ética está relacionada con la actitud y la actitud precede a cualquier acción”*, Hemel, U. (2007).
- *“La ética se refiere, sin duda, a actitudes y obligaciones de los individuos: pero estas actitudes y obligaciones tienen sentido, son racionales porque vivimos en sociedad”*, Francés, P. (2004).
- *“Poner en orden los valores, sentimientos y hábitos consiste en ponerlos en relación con un sujeto singular que determina, en última instancia, su puesto en el mundo socioeconómico”*, Perrot, E. (2000).
- *“La ética se basa en nuestros valores, que se convierten en principios. Cuando adoptamos una actitud, convencidos de que es verdadera y correcta, ya no estamos siguiendo una regla, sino un principio”*, O'Donnell, K. (2006).

Nos hemos aproximado a la definición del concepto desde diferentes perspectivas y visiones. Pero ¿qué significa ser éticos? Porque una cosa es tener una ética y otra muy distinta es tener una buena ética. Y otra diferente es saber utilizarla para que sea vivida de forma que realmente nos conduzca a alcanzar nuestras metas. Para ser éticos no es suficiente tener una ética, sino que es preciso que sea eficiente y que siempre actuemos conforme a ella. Por otro lado, ser ético implica que nos preocupamos por actualizar y revisar nuestros postulados éticos. Implica que actuamos para evitar que la pereza mental, la despreocupación o la falta de activación de la conciencia permitan que los antivalores, los vicios y las malas costumbres dirijan nuestra vida a

entornos desastrosos, a situaciones delicadas o acciones peligrosas que nos desvían de nuestros objetivos vitales. Por eso, ser una persona ética significa realizar comportamientos éticos y, en consecuencia, actuar conscientemente con responsabilidad, coherencia y honestidad. Aunque todos disponemos de una ética, personal y diferente, no siempre somos éticos. O no lo somos en todo momento. Para serlo necesitamos que nuestra ética esté activa y que contenga valores y actitudes positivas y adecuadas para avanzar en nuestros propósitos. De hecho, no siempre responderemos igual a las siguientes preguntas ¿tengo ética?, ¿soy una persona con comportamientos éticos?,... Desde esta perspectiva podemos clasificar a las personas según el nivel de activación de su ética, como “morales”, cuando tienen un buen mecanismo ético que utilizan habitualmente, “inmorales” cuando su mecanismo ético presenta un mal funcionamiento y genera conductas inadecuadas, “amorales” cuando presentan un mecanismo insuficiente o apenas utilizado y “desmoralizadas” cuando de manera temporal desactivan total o parcialmente su ética para conseguir determinados objetivos específicos. Anthony Weston (2006) nos recuerda que la ética nos exige vivir atentamente y preocuparnos al respecto de cómo actuamos y cómo sentimos, ya que los instintos y los sentimientos pueden simplificar en exceso situaciones complejas. Siendo, además, conscientes de que nuestros sentimientos son fácilmente manipulables.

Ya hemos visto que la ética se va construyendo con el hacer (la experiencia) y se consolida con la repetición (el hábito). Sabemos también que en dicho proceso participan muchos referentes, algunos de ellos incorporados conscientemente, pero la mayoría de ellos adquiridos y utilizados involuntariamente (de manera inconsciente). Así, de esta forma (experiencia + hábito + referentes) nuestro mecanismo ético va siguiendo un proceso de crecimiento y madurez.

Adicionalmente, para comprender el papel de la ética en el comportamiento humano debemos diferenciar claramente “la ética del ser” con “la ética del hacer”, ya que la ética actúa en ambos campos: prepara el carácter para fortalecerlo (el ser) y ayuda al comportamiento para dirigirnos hacia el objetivo previsto (el hacer). Según explica Stephen Covey (2012), hasta los años veinte del siglo xx la base del éxito se basaba en la “ética del carácter” que consistía en adquirir una serie de habilidades y valores que transformaban el carácter. El cual, a partir de entonces, desarrollaba acciones encaminadas al triunfo de la vida. Es decir, trabajaba la ética del ser. Se actuaba sobre

el carácter para dotarle de fortaleza incorporando y mejorando las habilidades y los valores. Así se incorporan al carácter cosas tales *“como la integridad, la humildad, la fidelidad, la mesura, el valor, la justicia, la paciencia, el esfuerzo, la simplicidad, la modestia y la –regla de oro–”*. La ética del carácter, *“enseñaba que existen principios básicos para vivir con efectividad, y que las personas sólo pueden experimentar un verdadero éxito y una felicidad duradera cuando aprenden esos principios y los integran en su carácter básico”*. A partir de entonces, con la llegada de la competencia y el mercado libre, a mediados del siglo xx, se fundamenta el éxito personal y laboral en la *“ética de la personalidad”*. Es decir, en la ética del hacer. *“El éxito pasa a ser más una función de la personalidad, de la imagen pública, de las actitudes y de las conductas, habilidades y técnicas que hacen funcionar los procesos de la interacción humana”*.

Cada una de las éticas se basa en cosas distintas. Para la *“ética del carácter”* lo más importante para crecer como persona es desarrollar y vivir valores que nos conviertan en personas íntegras y, por lo tanto, dignas de la confianza de los demás. Es necesario trabajar la ética interna para generar la fortaleza y la determinación necesarias para desarrollar conductas fuertes que sirvan para potenciar los actos que debemos realizar superando los obstáculos y las circunstancias que la vida nos presenta. Podemos decir que la *“ética del carácter”* nos prepara para la acción. Mientras que la *“ética de la personalidad”* está más relacionada con el comportamiento y con la actitud, según expresa Stephen Covey (2012): *“La verdad residía en técnicas transitorias de influencia, estrategias de poder, habilidades para la comunicación y actitudes positivas”*. Es decir, resalta que es necesario trabajar la ética externa, aquella que directamente se desarrolla en la interacción con los otros. Es la ética *“específica”* de cada papel que representamos. Ética que, aún siendo en general muy semejante, desarrolla respuestas distintas a través de actitudes más o menos reforzadas, según el papel, el rol, que tengamos que cumplir. Por tanto, la *“ética del carácter”* potencia los recursos que vamos a utilizar y la *“ética de la personalidad”* afina los recursos que utilizamos, de manera selectiva, en función del diferente rol que tenemos que jugar. Así la ética profesional como *“ética de la personalidad”* tiene matices distintos a la ética personal, la ética familiar o la ética de la amistad.

En nuestro caso, cuando hablemos de ética profesional, o comportamiento profesional ético, nos referiremos a una suma de ambas (ética del carácter

+ ética de la personalidad) las cuáles se potencian mutuamente y generan sinergias exponenciales. Por eso cuando, nos refiramos al comportamiento eficiente hablaremos de “crear hábitos efectivos (auto-dominio)” y de “generar actitudes persistentes (auto-motivación)”. Dos compromisos necesarios para dotarnos de buenos, poderosos, y amplios recursos para contar con la fortaleza y la guía necesaria para conseguir los objetivos y con ello la necesaria confianza.

Deseamos, finalmente, contribuir desde estas páginas a activar la conciencia ética corporativa y profesional. Para que así la ética de los negocios, la ética empresarial, fluya en los procesos corporativos de manera espontánea, ya que como dice Csikszentmihalyi, M. (2009) se debe conseguir “*una fusión de acción y conciencia*” para tener equilibrio y eficiencia en los comportamientos. Y esto, también es aplicable a los comportamientos empresariales.

Lo anterior significa que debemos incorporar los valores éticos en el día a día empresarial para así poder contribuir a mejorarlos, y que debemos activar la conciencia ética de las empresas, y de sus profesionales, para garantizar que el respeto, la honestidad y la responsabilidad juegan un papel relevante junto con el beneficio, la eficiencia y la profesionalidad, en la formulación y en la ejecución de toda estrategia y/o proyecto empresarial.

Pensamos, en definitiva, que la ética es un instrumento de trabajo que empresas y profesionales debemos cultivar.